

Egipto 1952 y 2011: reflexiones sobre dos revoluciones



Interpretar un acontecimiento revolucionario es siempre algo polémico. ¿Por qué empezó, cómo se desarrolló, a quién pertenece su legado?: son cuestiones de debate permanente. Las protestas masivas en Egipto que derrocaron a Husni Mubarak y continuaron durante meses en 2011-2012 siguen generando narrativas divergentes y alternativas. En la lucha por el significado, la realidad y la posibilidad se miden continuamente una contra otra. Abundan las interrogantes sobre lo mucho que el país debe cambiar, y lo mucho que en realidad lo ha hecho ya. La tensión entre la continuidad y el cambio ocupa un lugar central en el discurso político y se manifiesta en el simple uso de la lengua. Desde enero de 2011, los comentaristas de todo el espectro político egipcio han desarrollado un vocabulario que toma prestado del léxico de la Revolución Francesa frases como Antiguo Régimen, contrarrevolución y Segunda República - lo que sugiere que los acontecimientos de 2011-2012 marcan una nueva página en la historia egipcia. Estos adornos retóricos evocan la observación de Hannah Arendt hace medio siglo de que el concepto moderno de la revolución está "inextricablemente ligada a la noción de que el curso de la historia de repente comienza de nuevo, de que toda una nueva historia, una historia desconocida y no narrada, trata de abrirse camino" [1].

Como muchos egipcios saben muy bien, los acontecimientos de 2011-2012 desmienten esos mitos de ruptura histórica. Lo que han desencadenado es una compleja serie de reconfiguraciones y reinveniones que es probable que produzcan una mezcla desordenada de lo viejo y de lo nuevo. Cómo será el nuevo

orden emergente en Egipto y cuanto pasado mantendrá o desechará, son cuestiones a resolver. Desde su llegada al poder, los Hermanos Musulmanes han participado en un delicado acto de equilibrio: el mantenimiento de la continuidad suficiente para ganar aceptación internacional y proteger su coalición de gobierno, al tiempo que proyecta cambios suficientes para dar crédito a su promesa de un nuevo Egipto. El resultado es un liderazgo emergente de revolucionarios reacios: pisan con pies de plomo, mantener la estabilidad la prioridad y evitar cambios políticos dramáticos, al mismo tiempo que presumen de ser los primeros gobernantes democráticamente elegidos de Egipto.

La historia está repleta de ejemplos de grupos políticos que toman el poder en una ola de movilización de masas, sólo para volver a una política de pragmatismo bajo el manto de los ideales revolucionarios. Los egipcios no necesitan buscar más allá de su propio pasado colectivo para encontrar un ejemplo: los Oficiales Libres. El sexagésimo aniversario del golpe de 1952 que llevó a los Oficiales Libres al poder ofrece una ocasión única para recordar su legado. En los foros de Internet y en la prensa, los egipcios se han hecho preguntas simples pero vitales. ¿Fue el 25 de enero de 2011 una revuelta contra el 23 de julio de 1952? ¿O se complementan entre sí? ¿Los acontecimientos revolucionarios que derrocaron a Mubarak realmente rompen con el pasado? ¿O deben ser leídos como un único *continuum* histórico?

Entre los activistas revolucionarios, es común describir el levantamiento de 2011 como contrario al "régimen de julio", es decir, al Estado de seguridad establecido por Gamal Abdel Nasser y sus colegas, contra el paternalismo y la noción de liderazgos providenciales, y en contra de la dominación política de los militares. Para ellos las antiguas fórmulas de poder - por las que los egipcios sacrificaron libertad política a cambio de bienestar social, representación democrática por corporativismo y participación popular por tecnocracia - ya no son válidas. El 23 de julio de 2012, Ahmad Mahir, fundador del Movimiento Juvenil 6 de abril, dijo que en el sexagésimo aniversario de la dictadura militar era más apropiado protestar que celebrar. Adoptando un tono más cauteloso, el recién elegido Presidente Mohamed Mursi alabó algunos de los logros de 1952, pero subrayó el fracaso del golpe de estado a la hora de establecer la democracia, afirmando que el 25 de enero fue una corrección en este sentido [2].

En un momento en que el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (SCAF) todavía estaba en el poder, la condena de 1952 por Mahir y otros provocaron reproches inmediatos. Tanto los partidarios y como los críticos del SCAF defendieron los logros de la independencia. El periódico estatal al-Ahram marcó el aniversario con un apéndice titulado "El 25 de enero refuerza el 23 de julio". Una página pro-SCAF de Facebook felicitó a los egipcios la ocasión y advirtió que no hay futuro para un país que borra su historia [3]. El reconocido ingeniero y entusiasta nasserita Mamdouh Hamza escribió en Twitter: "Por desgracia, la revolución de enero ha hecho que algunas personas ignorantes insulten la gloriosa revolución de julio, sin la cual no habrían sido educados en el primer lugar." Los comentaristas más cuidadosos sugieren una distinción entre los nobles ideales de la revolución de 1952 y la *Realpolitik* del régimen de los Oficiales Libres [4].

Los debates revelaron profundas divisiones sobre el significado del 25 de enero, así como el legado de 1952. En gran parte giran alrededor de los logros y fracasos de los Oficiales Libres, sus aciertos y errores. Pero en el debate ha desaparecido una reflexión más profunda sobre la naturaleza del poder del régimen de julio y la forma en que contrasta con el presente.

Antihegemonía y las primaveras árabes

El panorama político provocado por las revueltas árabes se ha caracterizado por una notable ausencia de hegemonía. En cada uno de los países árabes sacudidos por la rebelión, ninguna fuerza por sí sola ha sido responsable del impulso revolucionario, de manera que lo pueda reclamar como propio. La marea de la historia no está ni con la burguesía ni con el proletariado, ni con cualquier otro agente del progreso inequívoco. En medio de las luchas que se han sucedido, las coaliciones políticas han fracasado a la hora de producir un orden político basado en alianzas amplias y una ideología dominante. En Egipto, los Hermanos Musulmanes han tenido éxito en las elecciones y las maniobra política de alto nivel, pero no tanto en la creación de alianzas y presentándose a sí mismos como líderes de todos los egipcios, como una fuerza capaz de trascender las preocupaciones partidistas y representar el bien común.

En ausencia de este tipo de política, Egipto ha sido testigo de una tendencia continua que podríamos llamar antihegemónica: un estado de ánimo mediante el cual las personas se niegan a identificarse con los programas de las elites dominantes. Esta actitud es discernible en una profunda desconfianza en las instituciones del poder, la convicción de que las élites se mueven por motivos estrechos o egoístas, un instinto de que la mayoría está siendo engañada por una pequeña camarilla de líderes corruptos, deshonestos, y, en ocasiones, una sensación de fracaso irremediable y la creencia de que todos los

intentos de cambio son inútiles. La antihegemonía es un resultado más de la falta de liderazgo visionario que algunos observadores han señalado en las revueltas árabes. [5] Sus raíces se hunden en el tiempo. El malestar se remonta en parte al propio Estado, y la sensación de que nunca se hacen bien las cosas. Ello refleja no sólo las deficiencias de los individuos, sino también de las políticas, las prácticas y las instituciones: en fin, un sistema de autoridad que ha perdido la legitimidad.

En los últimos años de gobierno de Mubarak, lamentar el deterioro de la sociedad en medio del abandono de quienes estaban en el poder se convirtió en algo así como el *Zeitgeist* de la época. Un destacado comentarista criticó la falta de profesionalidad y de eficiencia de las instituciones estatales, advirtiendo que Egipto estaba más cerca de ser un Estado fallido que en cualquier otro momento de su historia moderna [6]. El "reformspeak" hueco de los funcionarios más jóvenes, educados en Occidente, ganaba conversos. En el cine y la literatura, la crítica social encontró un éxito generalizado, con películas y novelas que pintaban retratos poco halagadores de un Egipto en decadencia.

Los 18 días de protestas que derrocaron a Mubarak acabaron con ese desaliento y ofrecieron la visión de lo que podría ser una sociedad diferente. Tras la revuelta, sin embargo, el desencanto con el status quo reapareció. El 11 de febrero de 2011, los principales generales de Egipto se hicieron cargo de la situación y con ellos volvió el estilo político obsoleto del régimen de Mubarak, un estilo marcado por la costumbre en lugar de la inventiva, la terquedad más que la generosidad de espíritu, la complacencia aún cuando el país estaba cambiando. No es sorprendente que el SCAF encontrase el Egipto post-Mubarak un lugar difícil de gobernar.

Tal vez la desconexión más cruda se refería a la cuestión de hasta que punto Egipto debía romper con su pasado. Las semanas que siguieron a la partida de Mubarak fueron testigo de cientos de protestas contra jefes, ministros y gobernadores asociados con los males del antiguo régimen. Nunca desde el fin del colonialismo había habido un deseo tan general, expresada a través de la movilización popular, de empezar de nuevo. Después de la independencia, los líderes nacionalistas eran expertos en canalizar esas aspiraciones hacia sus propios proyectos políticos, ahogando en el proceso cualquier posibilidad de que iniciativas independientes desafiasen el orden establecido. En 2011, sin embargo, las autoridades no permitieron que esos sentimientos se desarrollasen o adquiriesen un carácter nacional, porque los veían como una amenaza más que como una oportunidad. Los generales, apoyados por muchos en la elite intelectual y política, condenaron al ostracismo rápidamente a los manifestantes - que exigían justicia en sus empresas, viviendas decentes o que la policía no los torturase - y los tildó de agitadores con inoportunas "reivindicaciones sectoriales" que ponían en peligro el interés nacional. Para aquellos que se sentían amenazados por la perspectiva de un cambio demasiado grande, demasiado pronto, la línea de los militares era reconfortante.

La primera ronda de las elecciones presidenciales en el verano de 2012 sacaron a la luz las profundas divisiones existentes en la política egipcia: islamistas organizados, partidarios del viejo orden y la "estabilidad" y un amorfo "tercer bloque" que quería un cambio sistémico. Había, además, una visible falta de entusiasmo por el proceso. A pesar de los esfuerzos propagandísticos del Estado, la participación electoral bajó en relación con las primeras elecciones post-Mubarak, las parlamentarias, seis meses antes. En la segunda vuelta, entre el 52 por ciento de los votantes potenciales que emitieron su voto, la lealtad a cualquiera de los candidatos parecía débil fuera del espacio político de cada cual. Islam Lutfi, un joven activista expulsado de los Hermanos Musulmanes en 2011, capturó el momento muy bien en un *tweet* después del anuncio de la victoria de Morsi: "Es la primera vez que un candidato participa de mala gana en una elección, y de mala gana votan por él, y los que ganan las elecciones aceptan a regañadientes el resultado".

La sensación generalizada de aburrimiento en grandes segmentos de la sociedad egipcia es poco sorprendente dada la constante erosión de la capacidad de las élites gobernantes para construir bases sociales amplias y diversas de apoyo. Evoca el contraste con un momento diferente en la historia árabe hace sesenta y tantos años.

La revuelta de las Repúblicas

Muchos observadores han tratado de comprender por qué han sucedido las revueltas árabes donde lo hicieron, subrayando factores como la economía, la tecnología y la demografía. Otro aspecto a considerar es la historia. Datos preocupantes sobre la pobreza y el desempleo, el acceso a los medios de comunicación social, y la joven edad media de la población transmiten sólo comprensiones parciales de las complejas transformaciones de las que han sido testigos estos países en las últimas décadas. "Las revueltas de 2011 marcan el verdadero fin del colonialismo en el mundo árabe", me dijo un activista en

Bengasi al inicio de la insurrección libia. De hecho, las revueltas árabes más importantes (excepto en Bahrein) han ocurrido en las repúblicas cuyas historias modernas fueron moldeadas por el gobierno colonial y las formas de política de masas que engendró. Las repúblicas que no han tenido esas rebeliones - Argelia, Irak, Líbano y Sudán - son prisioneras de las pesadillas de sus guerras, la ocupación y conflictos civiles.

Las repúblicas árabes en las que se ha producido la revuelta comparten trayectorias similares. En sus primeros años, estos estados se apropiaron del nacionalismo, el modernismo islámico y el reformismo social que habían surgido en respuesta a los problemas de la modernidad colonial: la integración desigual en la economía mundial, la centralización del poder del Estado, y las cuestiones de identidad y de diferencia cultural. Basándose en una mezcla de esas ideologías, los nuevos regímenes lograron la configuración de una imaginación política revolucionaria con un gran atractivo popular. Sus primeros líderes eran nacionalistas seculares que anclaron su legitimidad en los programas de desarrollo económico, la justicia social y la lucha contra el imperialismo. Pero desde el comienzo su visión fue imperfecta, estuvo marcada por las prácticas represivas de seguridad consideradas necesarias para la represión de elementos contrarrevolucionarios. Las repúblicas árabes pronto degeneraron en dictaduras cuya elevada retórica se redujo a una serie de consignas sin sentido, podridas. El fracaso de estos grandes proyectos estatistas a la hora de cumplir sus promesas es un legado que define a las repúblicas árabes. Otra es la memoria colectiva de la movilización política de las masas contra el colonialismo. Las narrativas nacionales de las repúblicas a menudo celebran el heroísmo de la resistencia popular contra la agresión exterior. La revolución, en el glosario de estos estados post-colonial, no era una palabra negativa.

En Egipto, el régimen de los Oficiales Libres surgió de la década de crisis de 1940, cuando las luchas políticas estaban muy arraigadas en los conflictos sociales por la distribución de la riqueza y las relaciones de propiedad. Antes de 1952 había una conciencia creciente entre los líderes políticos civiles de que las disparidades evidentes en la propiedad de la tierra estaban obstaculizando el desarrollo económico, que era una de las prioridades nacionalistas. El discurso de la "reforma social" se puso de moda. Todos los principales partidos y movimientos de oposición - del ultranacionalista Joven Egipto a la sociedad islamista de los Hermanos Musulmanes, pasando por los izquierdistas más radicales y los comunistas - tenían posiciones sobre la reforma agraria y otras cuestiones sociales urgentes, incluso si el gobierno y la oligarquía terrateniente no las apoyaron.

La revuelta de 1952 no fue de ningún partido o clase concretos, sino el resultado de una serie de movilizaciones que expresaban múltiples quejas y aspiraciones. Para dar coherencia a este conjunto de intereses, los Oficiales Libres y sus partidarios intelectuales otorgaron al estado el monopolio legítimo hablar en nombre de toda la sociedad. El historiador Sherif Younis ha descrito cómo el régimen de 1952 creó una noción idealizada del "pueblo" que borraba las diferencias sociales y políticas y hacía de Nasser su portavoz indiscutido [7]. En esta narrativa, el estado de los Oficiales Libres se situaba por encima de los intereses particulares de grupo o clase y representaba la voluntad de la nación.

Aunque los Oficiales Libres llegaron al poder sin un plan claro, pronto fueron capaces de abrazar a los modelos existentes y hacerlos suyos. Su relación con las clases populares se basaba en un compromiso con el desarrollo industrial y el bienestar social - un credo que, en su apogeo, fue compartida por los gobiernos nacionalistas, las potencias mundiales y los donantes internacionales y los expertos. El suyo no era un régimen motivado por la pureza ideológica. Al principio de su vida política, Nasser al parecer tenía una clara antipatía por el socialismo, porque veía en la doctrina de la lucha de clases solo un hipócrita encubrimiento de las intrigas políticas [8]. Para los oficiales era mucho más importante la estabilidad, imposible sin la construcciones de amplias coaliciones. Las alianzas del régimen con diferentes sectores de la sociedad resultaron cruciales en ocasiones para su supervivencia. Nasser tuvo un apoyo decisivo de los trabajadores en una huelga de transporte, por ejemplo, durante su enfrentamiento de marzo de 1954 con sus oponentes en el Consejo de Mando Revolucionario. La distribución de patrocinios y beneficios sociales sería la clave para mantener el orden y la autoridad. A través de organizaciones estatales, como la Federación de Sindicatos Egipcios (FSE), el régimen ofreció a los trabajadores una representación corporativista, pero silenció las voces radicales de la disidencia y prohibió toda iniciativa política independiente. Una serie de reformas progresistas - redistribución de la tierra, control de alquileres, normas laborales, subvenciones, educación y garantías de empleo - crearon una relativa movilidad social y ayudaron a contener el potencial antagonismo social.

Más importante aún, el régimen cautivó las mentes de muchos egipcios al presentar estas políticas como parte de un proyecto más amplio de renacimiento nacional. Las brillantes alabanzas de de artistas e intelectuales, cineastas y cantantes, periodistas y poetas proyectaron este proyecto en la vida cultural y despertaron un sentimiento de sujeto y logros colectivos. El avance de Egipto a la modernidad no fue sólo

una estratagema estatal para engañar a las masas, y muchos sinceramente creyeron que la independencia abriría las puertas a una era de progreso sin precedentes.

El difunto Anouar Abdel-Malek llamó al régimen "nacionalitario": un sistema que desafiaba las categorías políticas al uso, como el capitalismo y el socialismo, y en el que el Estado actuaba como representante de todas las "fuerzas populares", con la independencia como objetivo central [9]. Sin embargo, detrás de la consigna de unidad nacional había un complejo conjunto de fuerzas. A lo largo de los años 1950 y 1960, los Oficiales Libres construyeron un estado que encarnaba la alianza entre los tecnócratas y militares, con el apoyo de la élite empresarial privada y amplios sectores de la clase media agraria y los trabajadores organizados. La base económica del régimen se convirtió en lo que los observadores críticos llaman la burguesía estatal [10]. Originarios en gran parte de las clases medias urbanas, los funcionarios administrativos - en los ministerios, empresas del sector público, las organizaciones oficiales y las autoridades locales - eran los responsables de la planificación gubernamental. Mediante el fomento de su propia élite, el estado nasserista evitó la dominación de un solo grupo social. Por el contrario, gestionaba los intereses de clase a través de su burocracia. Utilizó las políticas sociales y de inclusión corporativistas para ganar el apoyo de diferentes sectores de la sociedad, pero sin que su supervivencia dependiese de ninguno de ellos. La autonomía del Estado y la paz social iban de la mano.

Desde un punto de vista crítico, la "revolución pasiva" de Nasser era un triunfo inquietante para la estabilidad política, que planteaba graves problemas a cualquier adversario que quisiese profundizar la democracia y la igualdad social. Cuando se trataba de cooptar a las posibles fuentes de oposición, el régimen de Nasser era mejor que sus sucesores, en parte por sus discursos populistas y apelaciones a la unidad nacional y en parte a causa de sus políticas redistributivas. Los disidentes que se negaron a someterse - ya fueran comunistas, islamistas u otros - fueron reprimidos brutalmente.

Finalmente, lo que acabó con el programa de independencia nacional y desarrollo dirigido por el Estado fue una crisis de la balanza comercial y la derrota militar. El cambio económico que se inició a mediados de la década de 1970 y se aceleró con las sucesivas reformas neoliberales - el fin del proteccionismo y otras medidas reguladoras, la reversión de la reforma agraria y el abandono de la industrialización planificada, el desmantelamiento de los monopolios estatales, la entrada de capital extranjero y la importación de bienes de consumo, así como la apertura de nuevos sectores de la economía a la empresa privada - transformaron gradualmente la coalición de clases que sustentaba orden social posterior a la independencia en Egipto. Estas transformaciones cambiaron el poder económico, desplazándolo a los nuevos actores: los inversores extranjeros, los grupos empresariales privados y los especuladores, las instituciones financieras mundiales, haciendo resurgir a los terratenientes y reforzando a las élites estatales que se habían adaptado a los cambios del entorno.

El Estado egipcio en 2011 era un mosaico de su propia historia. Había cambiado muchos de sus compromisos en relación con la planificación económica y el bienestar social, pero conservó los principales trazos políticos de los años 1950 y 1960, como un fuerte aparato militar y de inteligencia y un estrecho control de la sociedad civil, en especial de los sindicatos y las organizaciones estudiantiles. Muchas instituciones oficiales seguían representando los principales ideales nasseristas de unidad nacional; se mantuvieron los sindicatos estatales y las cuotas parlamentarias para trabajadores y campesinos, a pesar de que eran casi inútiles para los que ostensiblemente fueron creados. El presupuesto del Estado reflejaba legados superpuestas. Casi el 75 por ciento del gasto público se dividía en tres partidas: los sueldos de una burocracia gigantesca heredada de la época de Nasser, las subvenciones que se expandieron en los años 1970 con el boom del petróleo y el aumento de los precios mundiales de los alimentos, y el servicio de la deuda que se había acumulado desde la década de 1990. Contrariamente a lo que suele pensarse de que la globalización neoliberal eventualmente erosionaría los residuos del estatismo, Egipto bajo Mubarak resultó muy capaz de gestionar y desarrollar múltiples tendencias, en principio contrapuestas, a la vez.

Mubarak fue el último presidente egipcio que derivaba su legitimidad de 1952. Pero como la estabilidad era su razón de ser, no podía ni crear una base electoral amplia ni presentarse como el campeón de una causa como había hecho Nasser. El eminente juez y crítico del régimen, Tariq al-Bishri, calificó el estado de Mubarak de "personalizado" - una forma de gobierno donde el gobernante no representaba a ninguna base de apoyo y había alienado a la mayoría de los sectores de la sociedad [11]. El régimen no podía ofrecer una narrativa convincente mediante la cual los egipcios pudiesen comprender el mundo político que habitaban. Los espectáculos populistas sin gracia de Mubarak - desde los coros de agradecidos en sus discursos hasta sus ridículas pretensiones de defensor de la soberanía nacional - tenían poca resonancia más allá de las filas de los secuaces del partido gobernante. Los esfuerzos anacrónicos por retratar al líder como un amigo del pueblo no eran más que, tomando prestada la frase de Fanon, formalismos estériles. Bajo Mubarak, la era de las grandes ideologías que inspiraban los proyectos estatales había terminado. En cambio, las

corrientes tradicionales del islamismo, el nacionalismo árabe y el socialismo se convirtieron en gran medida los espacios de los grupos de la sociedad civil: movimientos religiosos, partidos de oposición y organizaciones políticas. Sin realizar ningún esfuerzo serio para forjar una visión orientadora para la sociedad, el régimen recurrió a menudo a soluciones a corto plazo para preservar el status quo, vacilando entre el compromiso táctico y una durísima represión.

En busca de la estabilidad

Tras la revuelta, ha sido difícil consolidar el poder de manera similar a como lo hicieron los regímenes post-coloniales. En 1954, la mayor parte de los Oficiales Libres retrocedieron ante la idea de las elecciones, creyendo que la instauración de la democracia parlamentaria podría exponerlos a ser derrotados por sus adinerados oponentes, los grandes propietarios de tierras [12]. Sin embargo, tenían menos dudas acerca de la necesidad de apoderarse del Estado y adaptar sus instituciones y políticas para movilizar a sus partidarios y asegurar el nuevo régimen. Los Hermanos Musulmanes, con su experimentada maquinaria política, ven las cosas al revés. Siempre están dispuestos a recurrir a las urnas, pero se sienten menos seguros sobre qué hacer una vez que se han hecho con el poder del Estado. En parte, porque las instituciones del Estado son mucho más grandes en 2012, y defienden intereses creados propios con los que hay que negociar con cuidado.

Desde el comienzo de la revolución, el grupo político más numeroso y mejor organizado de Egipto ha luchado con éxito para su inclusión dentro de la coalición gobernante. Es poco probable que Egipto vuelva a la forma de gobierno de los últimos 60 años: un ejecutivo centralizado con el poder concentrado en la presidencia. Después de haber ganado la codiciada presidencia, los Hermanos Musulmanes tienen ahora que compartir el poder con las instituciones militares y de seguridad, el poder judicial y las perseverantes burocracias civiles. El cese de los vestigios de la era Mubarak en los altos cargos del ejército en agosto de 2012 fue un punto de inflexión que sentó las bases para un acuerdo que pusiese fin a la dominación militar de la política que ha existido desde 1952: los generales cedieron el poder a un liderazgo civil y, a cambio, recibieron seguridades de que sus prerrogativas militares serían protegidos y quedarían fuera del control democrático en la nueva Constitución. La disputa política con instituciones como el poder judicial, algunos de cuyos jueces se han negado a cooperar con el nuevo liderazgo, está en curso. El 22 de noviembre de 2012, Morsi confiscó para sí casi todos los poderes soberanos como una forma de eludir estas batallas. Con el decreto de Morsi, los Hermanos Musulmanes intentaron consolidarse sin tapujos en el poder del Estado en nombre de "la protección de la revolución" frente a los deshechos del antiguo régimen, como los antiguos magistrados y viejo fiscal general. Puede ser que hayan tenido éxito a la hora de aislar a algunos de estos adversarios, pero la explosión de protestas en respuesta al decreto puso de manifiesto su incapacidad de convencer a los egipcios con estos argumentos.

El estado paternalista fuerte - la fórmula del nuevo régimen de julio para gestionar las diferencias políticas y sociales - está empezando a debilitarse. Que esta política es cada vez más contestada lo prueba el cambio de tamaño y composición de la clase política. Nuevas fuerzas externas a las fuerzas armadas y de seguridad y la vieja elite empresarial están buscando su propia voz en el proceso político, y por primera vez haciéndolo con cierto éxito. La politización posterior al 25 de enero, sobre todo entre las clases medias urbanas, está produciendo un nuevo estrato de actores - líderes de partido, intelectuales, expertos en políticas públicas, líderes sindicales y activistas de derechos humanos - o potenciando otros que languidecían bajo las restricciones del régimen de Mubarak. Personas que estaban muy lejos de los pasillos del poder entran ahora en el ámbito político, acaben o no en el gobierno. Los Hermanos Musulmanes y el ejército, sin embargo, siguen temiendo en demasía la participación popular en la política. En su lugar, prefieren limitar la participación pública en los asuntos de Estado a una masa crítica de voces que consideran necesaria para el funcionamiento estable del sistema político.

La crisis de diciembre sobre la constitución es un ejemplo de esta mentalidad. El 22 de noviembre el decreto de Morsi otorgó poderes sin control al presidente e inmunidad frente a las resoluciones judiciales a una Asamblea Constituyente dominado por los islamistas. Una semana más tarde, la Asamblea se apresuró a terminar un borrador de constitución en una sesión maratónica. El resultado fue un texto que no refleja un consenso democrático. En cambio, equilibra los intereses de los principales agentes del poder: los Hermanos Musulmanes, el ejército y los salafistas conservadores. La constitución fue aprobada por mayoría en un controvertido referéndum que tuvo la participación más baja (32 por ciento) de cualquier proceso electoral post-Mubarak. Los Hermanos consiguieron lo que querían, pero en el proceso demostraron ser incapaces de negociar de buena fe con sus opositores.

En el ámbito de la política social y económica, la búsqueda rápida de estabilidad puede ser aún más difícil de alcanzar. A pesar de sus deficiencias, los Oficiales Libres tuvieron la suerte de navegar a favor del viento

de la Historia. Tomaron el poder en una época de modernización intensa cuando el estado era concebido como un instrumento de progreso, una panacea frente a las deficiencias del parlamentarismo liberal y los males del capitalismo no regulado. Las políticas que llevaron a buen término habían sido objeto de debate en Egipto durante al menos una década, en muchos casos de manera más suave que como habían sido pensadas antes de 1952. En un mundo que había salido de la Gran Depresión, cuando las élites de los países industrializados y en vías de desarrollo adoptaban el desarrollismo estatal como modelo de crecimiento económico y prosperidad, los Oficiales Libres pudieron aplicar fácilmente políticas estatistas de un repertorio mundial pre-existente y vincularlas a un proyecto más amplio de transformación social.

Antes de 2011, no había una alternativa clara a los estragos del neoliberalismo que fuese creíble hasta el punto de considerarse ortodoxa - ni en Egipto ni en otras partes del mundo. A diferencia de las revueltas de Europa del Este de 1989, de la que surgieron nuevos estados en un mundo definido por la hegemonía estadounidense y el triunfo de los principios del libre mercado, las revueltas árabes estallaron en un paisaje global cambiante donde esas certezas se estaban agrietando. A falta de un retorno a una cierta forma de keynesianismo, las élites políticas del mundo han propuesto pocas soluciones serias a la crisis económica mundial, dejando el destino de Egipto muy ligado al del resto del mundo. Aunque es demasiado pronto para hacer un balance concluyente del Partido Libertad y Justicia, sus instintos profundamente conservadores en un momento de cambio profundo - a nivel local, regional e internacional - no auguran nada bueno en el sentido de una respuesta creativa.

Lo cierto es que los Hermanos parecen carecer de una visión transformadora de la sociedad. Vuelven a atrincherarse en los clichés sobre el libre mercado de la última década, consolándose en la creencia de que la recuperación de los niveles de inversión y crecimiento previos a 2011 resolverá los problemas de pobreza y desigualdad. La piedra angular de su nebuloso "Proyecto Renacimiento" es estimular el crecimiento económico atrayendo a los inversores extranjeros y fomentar las pequeñas y medianas empresas a nivel local. No pasa un día sin que se publiquen noticias sobre las prometidas inversiones de dinero extranjero en efectivo - préstamos, donaciones e inversiones - como si estas inyecciones, en caso de materializarse, fuesen por sí solas a mejorar la vida de los egipcios. (Vale la pena recordar que la inversión extranjera directa en Egipto alcanzó un máximo de 115.000 millones de dólares antes de la crisis financiera de 2008, sin que produjera la prosperidad que los líderes egipcios ahora prometen [13]). Entre las prioridades de la agenda del gobierno para los próximos años se encuentran una serie de proyectos público-privados en energía, carreteras, puertos y gestión de residuos - con 14 proyectos por valor de \$ 8000 millones ya en marcha - junto con megaproyectos fantasiosos en las periferias olvidadas de Egipto [14]. En la conferencia de Euromoney Egipto en octubre de 2012, el primer ministro Hisham Qandil resumió esta visión: "Queremos que Egipto sea la meca de los inversores."

Estas promesas del gobierno han gustado a grupos de inversores y burócratas del libre mercado, algunos de ellos promotores fervorosos de las políticas de la última década. Para ellos, los males económicos del antiguo régimen se reducen a un puñado de excesos que deben eliminarse: la corrupción rampante, la burocracia obstructiva y la férrea pero excesiva política de orden público - no las desigualdades sociales que requieren cambios estructurales. Este enfoque unilateral de atracción de inversión extranjera no ofrece la menor garantía de que este dinero se destinará a la creación de empleos y de ingresos que se distribuyan equitativamente entre los diferentes sectores de la sociedad. Cuando se le preguntó en Euromoney Egipto sobre el mayor desafío al que Egipto se enfrenta a la hora de atraer capital extranjero, el Ministro de Inversiones Osama Saleh respondió claramente: "la fuerza de trabajo y el poder." El ex jefe del sistema regulador hipotecario bajo Mubarak se refería a las protestas laborales en curso y la crisis de combustible. En el corazón de ambos se encuentran instituciones del régimen de julio. Son un ejemplo significativo de las incertidumbres del futuro.

Trabajo y energía

En muchos aspectos, Egipto sigue siendo gobernado por una matriz de instituciones creadas en la época de Nasser, incluyendo las que supervisan las zonas más sensibles de la economía. La Egipcia General Petroleum Corporation (EGPC) es una de ellas. Fundada en 1956, y originalmente llamada la Dirección General de Asuntos del Petróleo, fue uno de las primeras de muchas "autoridades" - organismos gubernamentales que supervisaban las empresas y organismos públicos - creadas por el nuevo régimen para cumplir con su visión de promover una industrialización dirigida por el Estado. El gran plan nunca se materializó. La importancia del EGPC creció durante el boom petrolero de 1970, cuando se convirtió en una rama del Ministerio de Petróleo de nueva creación. Por primera vez, Egipto se había convertido en un exportador neto de petróleo crudo. Durante los próximos 30 años, en la medida en que las necesidades energéticas de Egipto eran mayoritariamente petróleo y gas, la empresa cumplió varias funciones vitales. Continuó con la gestión de exploración y producción, a menudo a través de empresas mixtas con firmas

petroleras occidentales, para vender al mercado local a precios reducidos, y, hasta hace poco, para regular las exportaciones, una fuente crucial de ingresos de divisas. También actuó como conducto para las importaciones de energía que se hicieron necesarias para satisfacer el aumento del consumo interno. Al regular la mayor parte de los suministros de energía de Egipto, la EGPC jugó un papel crucial en el mantenimiento de un sistema de subsidios difíciles de manejar.

Bajo Mubarak, los subsidios a la energía sirvieron para mantener un equilibrio inestable. El coste de los subsidios creció enormemente durante la *infitah* - la liberalización económica de la década de 1970 - para apaciguar a aquellos sectores (sobre todo los empleados del sector público) que fueron quedando al margen en una sociedad cada vez más desigual. Su razón de ser, como se describe en un informe de 1979 del FMI, era "frenar las expectativas inflacionarias y, por lo tanto, moderar las demandas salariales". Temiendo una repetición de las revueltas del pan de 1977, el Estado utilizaba sus inesperadas ganancias para controlar los precios de los productos básicos, con lo que mantenía bajo control el descontento popular. A pesar de algunos recortes graduales en las siguientes décadas, los subsidios a los alimentos básicos y los combustibles siguieron siendo elementos constantes en el programa. Sumados, eclipsan el gasto promotor de movilidad social: la creación de servicios, como la educación, invirtiendo los patrones de gasto social de la época de Nasser. En la década de 1990, en la medida en la que se privatizaban las empresas públicas, la EGPC se transformó en un mecanismo para la distribución desigual de los recursos y los subsidios del Estado. Canalizó combustible muy barato hacia oligopolistas bien conectados que llegaron a dominar las industrias intensivas en energía de Egipto - el cemento, el acero, el aluminio y los fertilizantes - al tiempo que garantizaba un subsidio mínimo a los pobres. Por ejemplo, la primera partida de la factura de los subsidios de energía en los últimos años ha sido para combustible diesel - más o menos el 52 por ciento del gasto total - de las cuales se estima que las cuatro quintas partes se destinan a la industria [15]. En el año 2005 más o menos, la EGPC comenzó a operar con pérdidas - resultado del descenso de la producción de petróleo y el aumento del consumo interno. Las pérdidas llevaron a la empresa a solicitar créditos a los bancos locales e internacionales para financiar sus compras de petróleo a empresas extranjeras [16]. La supervivencia del régimen de subsidios dependía de este ciclo de convertir créditos en asignaciones de combustible, la mayoría en apoyo de quienes no lo necesitaban. El EGPC se convirtió en una de las instituciones más endeudadas del país. En su transformación se materializó una característica crucial de la experiencia neoliberal en Egipto: más que un repliegue del Estado, las políticas de libre mercado de los últimos 20 años han supuesto una reorientación de los recursos del Estado y sus actividades al servicio de un puñado de buscadores de rentas y capitalistas corruptos, sin ir tan lejos como para eliminar el mínimo de subsistencia para los pobres, que los funcionarios del estado creían imprescindible para evitar el descontento popular.

La fórmula fue claramente un fracaso. Con la disminución de las rentas y un aparato de seguridad cada vez más erosionado desde el año 2011, el *modus operandi* de Mubarak para garantizar el éxito de las políticas de libre mercado - populismo económico minimalista y represión maximalista - ya no es sostenible. Ahora la inevitable reforma de las subvenciones será la primera prueba de fuego de política económica de la administración de Morsi. Los subsidios a la energía, que devoran una quinta parte del presupuesto nacional actualmente, son un despilfarro que el Estado ya no puede permitirse. Pero las élites estatales saben muy bien, por la propia historia de Egipto, que jugar con los subsidios puede ser una vía rápida a la rebelión. Muhammad Gouda, jefe de la comisión económica del Partido Libertad y Justicia de los Hermanos Musulmanes, planteó el dilema como una pregunta retórica a un reportero: "Los gobiernos anteriores han tenido miedo a tocar los precios de la energía, ¿será el nuevo gobierno capaz de dar este paso suicida?" [17]. El problema de los subsidios en Egipto es un síntoma de una metamorfosis en las finanzas del Estado. Desde mediados de la década de 1990, Egipto ha experimentado una disminución constante de la producción de petróleo. En 2007, según la Administración de Información de Energía de EE.UU., era ya un importador neto de petróleo. Como observó el difunto economista Samer Soliman, Egipto ha pasado lentamente de ser un estado de provisión, que se basaba principalmente en sus rentas - los ingresos del petróleo, los ingresos del Canal de Suez y la ayuda externa - a un estado que depende en cada vez mayor medida de la recaudación de impuestos [18]. Este cambio radical implicará decisiones difíciles acerca de cómo ajustar las finanzas públicas - por dónde recortar el gasto y la forma de generar nuevas formas de ingresos - que el último régimen fue incapaz de hacer. A diferencia de los Oficiales Libres, que ganaron el apoyo popular al presentar su legislación moderada de reforma agraria en septiembre de 1952 como un ataque contra las injusticias del viejo orden "feudal", el gobierno Morsi difícilmente aumentará su credibilidad revolucionaria adoptando estas decisiones.

A pesar de la retórica de Morsi sobre la necesidad de reestructurar los subsidios para beneficiar a los pobres, el gobierno se esfuerza por generar ideas nuevas sobre quién va a soportar la carga de los recortes, incluidos sus efectos inflacionarios más amplios, y en qué proporción. Cuando se trata de generar nuevas formas de ingresos, hay una aversión permanente a las subidas de impuestos importantes sobre los

ricos y sus actividades comerciales. En cambio, el gobierno está dispuesto a introducir mayores impuestos sobre bienes y servicios de consumo y reactivar los esfuerzos fallidos de la década del 2000 para ampliar la base de la renta imponible a través de la formalización de la economía informal: obligando a vendedores ambulantes, callejeros y otros actores de la economía informal de Egipto a registrarse y ha informar de sus ingresos al estado. **[19]** En octubre, el PLJ acogió al economista peruano Hernando De Soto, del Instituto para la Libertad y la Democracia, en un esfuerzo por relanzar un estudio de la economía informal que se detuvo en 2004. Continuando por el camino de sus predecesores, los islamistas que gobiernan carecen de una visión amplia del tipo de coalición social que quieren construir. Hasta el momento, su plan es distribuir la carga fiscal de la reestructuración de la forma más amplia posible, manteniendo los arraigados intereses empresariales fuera de peligro. El imaginario reformista de los últimos años de Mubarak sigue vivo. La imaginación, sin embargo, sigue siendo escasa.

En Egipto, el neoliberalismo no puede funcionar sin una elaborada maquinaria estatal para contener las tensiones sociales que fomenta. El elemento más importante es el aparato de seguridad del Estado. Otras instituciones, como el EGPC, desempeñan un papel más sutil gracias a sus programas de asistencia a los pobres. Junto con el palo y la zanahoria - subsidios y seguridad - hay otra institución que amortigua la protesta laboral expropiando las voces de los trabajadores: la Federación de Sindicatos de Egipto.

La FSE cuenta con casi 4 millones de miembros, en su mayoría en las empresas del sector público y la administración pública, y hasta el levantamiento de 2011, tenía el monopolio virtual de la representación de los trabajadores. Desde su creación en 1957, la Federación periódicamente sabotea las huelgas de los trabajadores independientes y se asegura de que solo los leales al régimen ocupen los puestos importantes de los sindicatos. Sin embargo, las crecientes presiones de los últimos 20 años - los bajos salarios, la inflación y la pérdida de seguridad laboral - han provocado una ola salvaje de protestas obreras, el movimiento social más grande y sostenido que Egipto ha visto en más de medio siglo. Entre 1998 y 2010, más de 2 millones de trabajadores participaron en huelgas, sentadas y otras acciones colectivas **[20]**. Estas movilizaciones han tenido lugar en dos frentes: la mayoría protestaba por mejores condiciones de vida y en contra de la privatización, mientras que un pequeño grupo de activistas luchaba para desarrollar formas más duraderas de organización independiente de los trabajadores.

Se ganaron algunas victorias notables a finales de los años de Mubarak, sobre todo en la recaudación de impuestos de bienes raíces y la industria textil. Pero fue sólo después de la revuelta de 2011 cuando los sindicatos independientes comenzaron a proliferar - las dos organizaciones más importantes son la Federación Egipcia de Sindicatos Independientes (EFITU) y el Congreso Democrático del Trabajo de Egipto (EDLC) - debido a los esfuerzos de activistas sindicales veteranos. Una de las batallas clave es el futuro del sindicalismo y el destino de la federación estatal oficial. Después de su decreto de 22 de noviembre, la primera ley que promulgó Morsi dio al ministro de trabajo del PLJ, Khalid al-Azhari, derecho a nombrar a los dirigentes sindicales estatales para sustituir en sus cargos a los mayores de 60 años. Como se esta redactado una nueva ley sindical, los sindicatos independientes y sus defensores en la sociedad civil han propuesto la legalización de cualquier sindicato con 50 o más miembros. Los Hermanos Musulmanes quieren limitar el ámbito de acción sindical a cada empresa, lo que mantendría incólume el dominio de la FSE, con la ventaja acumulada durante décadas de haber sido la única organización legal de los trabajadores.

En este conflicto se juega el destino de una reliquia del régimen de julio. Al igual que otros elementos de la burocracia, los Hermanos son reacios a perturbar la burocracia de la FSE con la que tendrá que trabajar en el futuro. Igualmente importante es el destino de los trabajadores de la administración y el sector público de Egipto, que suman alrededor de 5,4 millones, y la organización que los represente. Aunque los sindicatos independientes siguen siendo relativamente débiles y están divididos internamente, han hecho incursiones entre los trabajadores estatales - inspectores fiscales de bienes raíces, maestros de escuelas públicas, trabajadores del transporte y los servicios postales. Su futuro es motivo de preocupación de los nuevos dirigentes. Al tratar de heredar el control de los trabajadores del Estado, los Hermanos tratan de beneficiarse de uno de los símbolos del corporativismo de la era Nasser. El FSE seguirá siendo un elemento fundamental en la lucha por redefinir las relaciones laborales en el Egipto post-Mubarak. Pero al igual que el naciente movimiento obrero fue una espina clavada de la administración anterior - y, según algunas versiones, un factor decisivo en su caída - es probable que siga siéndolo para los nuevos dirigentes de Egipto. Las huelgas, protestas y movilizaciones laborales no han hecho más que aumentar desde el derrocamiento de Mubarak, y todo augura que continuarán.

Una oportunidad

Es demasiado pronto para decir si los acontecimientos revolucionarios de 2011 asestaron un golpe mortal al régimen de 1952. Algunas de las características del Egipto independiente se han ido erosionando en las últimas cuatro décadas. Otras han perdurado. El debate público que animó el sexagésimo aniversario del golpe de 1952 fue una señal de que si bien los acontecimientos de 2011-2012 tuvieron lugar contra Mubarak, también tuvieron que ver y mucho con los Oficiales Libres y el sistema que ayudaron a forjar. El profundo sentido de la falta de representatividad del Estado - que no representa "el pueblo" y sus intereses - se remonta mucho más atrás de los últimos 30 años. En muchos aspectos, fue una consecuencia de la torcida historia del régimen de julio: el colapso de sus primeras promesas y alianzas sociales y la supervivencia de sus prácticas más autoritarias. Sin embargo, aunque los nuevos líderes de Egipto tratan desesperadamente de demostrar que por fin el verdadero cambio está en marcha, prometiendo un renacimiento económico y luchar contra la corrupción, el fardo del legado anti-hegemónico sigue ahí. Los dos últimos años han sido instructivos. Ninguna ideología, por muy general que sea, ha sido capaz de vender las intrigas políticas y el conformismo como auténtico cambio revolucionario. Ningún líder, por muy grotescamente mediocre que sea, ha sido capaz de jugar el papel de héroe.

Sólo el tiempo dirá si, para bien o para mal, está en ciernes un nuevo proyecto político con posibilidades de generar un amplio consenso. En un país con altas expectativas y gran tenacidad a la hora de resistir abusos, la gestión de las múltiples divisiones sociales y políticas no será una tarea sencilla. Egipto probablemente seguirá siendo un lugar difícil de gobernar durante un tiempo. En ese ambiente de incertidumbre hay muchas oportunidades. La ausencia de un nuevo marco de poder, uno capaz de producir no sólo victorias electorales, sino también una visión movilizadora que consolide la autoridad de los nuevos líderes de Egipto y neutralice las visiones y aspiraciones alternativas, deja un importante vacío que ocuparán las luchas por venir. Esa es una oportunidad que los opositores a Nasser no siempre tuvieron

NOTAS: [1] Hannah Arendt, *On Revolution* (London: Penguin, 2006), pp 18-19. [2] *Egypt Independent*, 23 de julio de 2012. [3] La página se puede consultar en: <https://www.facebook.com/Egyptian.Armed.Forces.Admins/posts/474320752581200> [4] Véase Muhammad Saad, "Thawrat Yulyu ... Naqid Thawrat Yanayir am Istimrar Laha?" (La Revolución de Julio, ¿negación o continuación de la revolución de enero?), *Bawabat al-Ahram*, 24 de julio de 2012. [5] Thomas Friedman, "Lead, Follow or Get Out of the Way", *New York Times*, 5 de mayo de 2012. [6] 'Amr al-Shubaki, "Al-Dimuqratiyya La Tunqidh al-Duwal al-Fashila" (La democracia no salva estados fallidos), *al-Misri al-Yawm*, 23 de septiembre de 2010. [7] Sherif Younis, *Ism al-Shab: Tarikh Naqdi lil-Idiyulujjiyya al-Nasriyya* (El nombre del pueblo: una historia crítica de la ideología nasserista) (El Cairo: Dar al-Shuruq, 2012). [8] Muhi Khalid al-Din al-Wa Un Atakallam (Y ahora hablo) (El Cairo: Markaz Al-Ahram lil-Tarjama wal-Nashr, enero de 1992), p. 328. [9] Anouar Abdel-Malek, *Egypt, Military Society: The Army Regime, the Left and Social Change Under Nasser* (New York: Random House, 1968). [10] Mahmoud Hussein, *Class Conflict in Egypt, 1945-1970* (New York: Monthly Review Press, 1973); John Waterbury, *The Egypt of Nasser and Sadat: The Political Economy of Two Regimes* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1983). [11] Tariq al-Bishri, "Shakhsanat al-Dawla" (La Personalización del Estado), en *Mysr baina al-'Usyan wal-Tafakkuk* (Egipto Entre la desobediencia y la disolución) (El Cairo: Dar al-Shuruq, 2006), pp 25-31. [12] Muhi al-Din, p. 272. [13] Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, *World Investment Report 2012: Hacia una nueva generación de políticas de inversión* (2012). [14] Reuters, 24 de septiembre de 2012. [15] 'Amr' Adli, *Da'm al-Taqa fi al-Muwazana al-Misriyya: Namudhajan lil-zulm al-ljtima'i* (Subvenciones de energía en el Presupuesto de Egipto: un modelo de injusticia social) (El Cairo: Iniciativa Egipcia por los Derechos Civiles, enero 2012). [16] Hazem Beblawi, *Arba'at Shuhur fi Qafas al-Hukuma* (cuatro meses en la jaula del Gobierno) (El Cairo: Dar al-Shuruq, 2012), pp 91-102. Según Beblawi, la EGPC tenía más de 60.000 millones de libras de deuda con los bancos en el 2011, un pasivo que nunca apareció en el presupuesto estatal. [17] *Financial Times*, 09 de julio 2012. [18] Samer Soliman, *The Autumn of Dictatorship: Fiscal Crisis and Political Change in Egypt Under Mubarak* (trans. Peter Daniel) (Stanford, CA: Stanford University Press, 2012). [19] *Al-Shuruq*, 17 de octubre de 2012. [20] Joel Beinin, *The Rise of Egypt's Workers* (Washington, DC: Carnegie Endowment for International Peace, June 2012).

Ahmad Shokr es doctorando en historia de Oriente Próximo en la Universidad de Nueva York y editor de *Egypt Independent*.

Traducción para www.sinpermiso.info: Enrique García

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.

<http://www.merip.org/mer/mer265/reflections-two-revolutions>